

CRISTÓBAL POLO

# Tumba común



GRAVITACIONES

Ilustración de Patricia Villamarín

© Cristóbal Polo, 2017

Texto y fotografías

© Editorial Gravitaciones

pl. Compostela, 2 - 33208 Gijón, España

[info@gravitaciones.com](mailto:info@gravitaciones.com)

[www.gravitaciones.com](http://www.gravitaciones.com)

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISBN 978-84-943231-7-1

Depósito legal AS 491-2017

Impreso en España - Unión Europea

Estugraf Impresores

SUEÑO ATRAVESADO por un hueso,  
entre labio y labio.

Nadie entra por aquí.

Una nube pequeña y un exvoto  
entre los helechos llovidos.

Nada más.

Déjenlo estar bajo la tierra, por favor.

Crecerá para saludarnos.

SUS MANOS adormecían el lugar  
y lo volvían todo cercano.

Una ofrenda era también un signo:  
la mano que detiene su suerte  
para recomenzar lo que ha estado callado  
y cerrar dos ojos en la oscuridad.

Las bicicletas perdidas siguen girando,  
deshuesadas contra el azul del cielo.  
Al mirarlas se nos nubla la vista  
y el camino titila hasta no pertenecernos.





EL VIENTO desplaza los bordes del habla, nos enfría las manos, nos seca el mirar.

Por la mañana, el silencio se precipita hacia los patios en una canción que flota entre el ruido blanco, el tintineo de cubiertos y el murmullo de las iguanas en televisión.

Porque donde hay peligro crece lo que salva.

El viento, el mismo que llenó las bocas amarillas de los muertos sin recado y sin suelo, ahora nos encuentra, se enrosca en nuestra sombra y pasa de largo.

Tú estás escribiendo sobre las plantas de sus pies: un hexagrama, un pez y un garabato que marca el camino hacia la tumba común.

CABAÑA DE CHAPAS de conservas de atún.

Tos del caballo a medianoche.

Caminas como una luz por el fondo del valle.

Vas hacia algún lugar.

La luna es un pan.

Tus pasos no son.

Tus faldas fosforeciendo en la oscuridad.

¿Quién podría detenerte?

Con mis pies escribo.

Con mis manos te hago señas.

Saluda con tus manos para que pueda verte.



EL TIEMPO había dejado su baba en los brocales.  
El encaje amarilleaba bajo la mano tibia.  
Tanto se ocultó que nada ocultaba al final.  
Así que se le derretieron las uñas.  
Un sol de galleta se desparramaba sobre el mantel.  
Y ella, que no conoció las alegrías del cuerpo,  
se iba volviendo más y más transparente bajo su sombra.



LA CHICA DEL BÁDMINTON, la novia calamitosa y escuálida de todo un pueblo, duerme y dormirá bajo el repetidor telefónico.

Todas las noches. Allí descansa sus huesos. Descansa allí los huesos que ya no le pertenecen, pero que todavía le tiemblan.

Nadie siguió el rastro de su nuca arrastrada por el terraplén hasta la Máquina Preparatoria. Sobre su regazo, dientes de leche guardados, escombros, helechos, caramelos aplastados, boñigas, válvulas de vacío, botones arrancados, en fin, todo ese manto flameante de tiempo gastado y estrujado; todas esas cosas, en fin, se vuelven más verdaderas allí, ¿no?, en su regazo de huesos bajo el repetidor telefónico.

Estar bien allí sería más fácil que estar bien en otra parte.

EN EL ESCRITORIO de vuestro abuelo, que en paz descanse, encontramos un mapa dibujado sobre un trozo de cartón. En uno de los extremos de ese dédalo de líneas de colores, vuestro abuelo había dibujado un koala azul y, junto al koala azul, había escrito el nombre de una conocida marca de *whisky*.

Un día, uno de vosotros —¿quién fue?, ¿os acordáis?— agarró el mapa y recorrió el jardín contando los pasos. La tarde y ese garabato de colores se hicieron noche. Pero uno de vosotros dio con el sitio. Y se libró de milagro.

La zona caliente del mapa, el koala azul, caía justo a los pies de la higuera. Y allí estaba —lo recordaréis—: aquel viejo cepo para zorros, listo para arrancar de cuajo las tiernas manitas del sagaz buscador de tesoros. Ese era el premio que vuestro abuelo le había reservado. Fue así como vuestro abuelo quiso que lo recordáramos. Toda su memoria era ese viejo cepo, y nada más.

